

Prólogo

Los sabios caminan por los jardines.
RABINDRANATH TAGORE



Claustro románico del monasterio de Steingaden

Durante muchos años, los jardines no han despertado ningún interés en la mayoría de nosotros. No existía nada que nos uniera a ellos; peor aún: los jardines eran una insólita pasión de pequeños burgueses a quienes les daba por cultivar huertos urbanos. Por no

hablar ya de los tiestos de geranios que acompañaron los veranos de nuestra infancia y juventud, todos rojos y siempre iguales... ¡el colmo del provincianismo! Aún recuerdo con horror el día en el que una compañera de piso apareció cargada con un montón de macetas de barro. «¿Hablas en serio? ¿De verdad quieres poner jardineras en el balcón?» No hubo manera de disuadirla. Todas las tardes podaba las plantas, arrancaba las malas hierbas y retiraba las hojas secas de aquí y de allá. Poco a poco me fui dando cuenta de que a mi amiga no le importaban tanto aquellos arreglos como el aroma de la hierbabuena y de la planta del incienso, se había enamorado de aquel ritual vespertino que exigía orden y sosiego. Era, como suele decirse, un bálsamo para el alma.

Los primeros botánicos de nuestro continente fueron los monjes y monjas que hace más de mil años, en sus monasterios, sentaron las bases de la horticultura tal y como la entendemos hoy en día. Conservaron y desarrollaron los conocimientos del mundo antiguo, introdujeron especies exóticas procedentes de otras latitudes, cultivaron todo tipo de frutas y verduras, su rigurosa observación de los ciclos meteorológicos sirvió para organizar las labores agrícolas, mejoraron la productividad de los campos, y combinaron hierbas para elaborar medicamentos, tinturas y elixires, porque los religiosos conocían mejor que nadie las virtudes de los remedios naturales.

Parece obvio que en los monasterios se cultivaba como en cualquier otra parte; pero es cierto que el ambiente de sus jardines y de sus huertas no depende únicamente de las rosas y de las hierbas aromáticas. En

ellos se percibe un aliento distinto, una luz especial: el espíritu de lo divino, que los hermanos y hermanas tratan de condensar y revelar, invitándonos a volver la mirada hacia lo pequeño para descubrir la grandeza de la creación, un milagro patente ante el que solemos pasar de largo.

Los jardines son paisajes del alma. En el jardín se puede descansar incluso cuando se trabaja, porque es un microcosmos donde se percibe el ciclo de la vida y la muerte. Un jardín es un universo en pequeño, un refugio del mundo, un oasis escondido. Nos muestra dónde habita Dios y nos enseña que el destino último de los jardineros está en sus manos.

Este libro pretende que el lector se familiarice con los elementos básicos de un jardín, ofreciéndole algunas claves para que pueda desarrollar en él su propio «trabajo espiritual», pero querría ser además una invitación a conocer los fabulosos jardines de los monasterios. En la mayoría de los monasterios medievales, el jardín no es más que una reliquia, está asilvestrado y lleno de maleza; sin embargo, existen otros muchos, seguramente muy cerca de donde usted vive, que han recuperado hace poco sus jardines y sus huertas o los han redescubierto.

Mientras estaba documentándome para este trabajo, visité el jardín de la hermana Ruth en el monasterio de Mariazell-Wurmsbach, en el extremo superior del lago de Zúrich. No es particularmente grande y tampoco se ajusta a los estrictos modelos de la tradición, pero tiene vida. Aquí es donde se come durante todo el verano, se tiende la ropa, se medita, se pasea, se arrancan las malas hierbas y se reza. Es aquí donde

se entierra a las hermanas que han fallecido, se recoge miel, se cosechan manzanas y peras, y donde cada día la hermana Ruth va a buscar las coloridas flores que servirán para adornar alguno de los altares de la iglesia.

Entiendo que la hermana haya encontrado la felicidad en su jardín. Se siente realizada cultivándolo, cuidándolo y atendiéndolo; cuando lo recorre, cuando disfruta de unos instantes de recogimiento en cualquiera de sus rincones, experimenta la paz y, gracias a ello, puede encontrar la fuerza necesaria para vivir en la fe, la esperanza y la caridad.

REGULA FREULER